

za en algun resplandor lejano de serenidad que le viene del fondo del horizonte.

Los dos hermanos fueron, pues, á encontrar al príncipe que reinaba entónces en el Egipto y que se cree ser el Ramsés V. de los monumentos y el Amenófis III de los cronologistas, y le invitaron á que dejase salir pacíficamente de su reino á los hebreos. Pero Faraon los volvió á enviar con dureza á los trabajos de la servidumbre, y les increpó el esparcir por entre el pueblo ideas subversivas. “La raza de los hebreos se multiplica prodigiosamente, dijo á sus oficiales, y ya veis como ha crecido; ¿qué será, pues, si se la deja en reposo.....? Poco trabajo se les ha impuesto aún y por esto murmuran. Agráveseles, pues, el yugo, y que lo sufran, y así no darán oídos á embustes.” En efecto, tan pesada fué la carga que se impuso á los oprimidos, que se vieron luego materialmente imposibilitados de soportarla. Los capataces de ellos, encargados de vigilar en los varios destacamentos, y á quienes se imputaba el no cumplir con las órdenes del gobierno, fueron el blanco de las injurias y de la crueldad de sus gefes egipcios. En vano dirijieron á Faraon las mas justas y sentidas quejas: la tiranía nada cede de su cruda barbaridad. Y se volvieron contra Moisés deplorando su desgraciada intervencion, que solo habia conseguido hacer mas pesadas sus cadenas. Probó el libertador reanimar todos estos ánimos abatidos; prometiéndoles de parte de Jehová que saldrian por fin de la prision de Egipto, arrancados de la servidumbre por la fuerza del brazo divino y por los golpes terribles de la celeste justicia. Mas sus corazones amargados por la angustia, se cerraban tristemente á toda esperanza.

Moisés pareció de nuevo delante de Faraon para desplegar aquella vez el milagroso poder de que su mision le habia revestido. La dócil naturaleza obedecia á un gesto de su mano, los elementos se trastornaban á una palabra emitida de sus lábios, los prodigios brotaban debajo de sus piés: desencadenó sobre el Egipto los mas formidables azotes: diez plagas sucesivas sumieron á

sus habitantes en el terror y en la consternacion. Azorado y vencido el rey dió palabra de dejar partir á los hebreos; pero despues, suspendida la cólera del cielo, retractaba las concesiones que le habia arrancado el miedo. Por largo tiempo hizo á los oprimidos el juguete de su doblez y de sus contradicciones: pero todo se preparaba para un próximo desenlace. Las justas reclamaciones, los súplicas y las amenazas eran igualmente desatendidas. Moisés recibió la orden de aterrar al enemigo con un golpe postrero y decisivo. Prescribióse á todos los hebreos que inmolasen un cordero en cada familia el dia 14 del décimo mes, y la sangre de la víctima debia salpicar la puerta de todas las casas en donde se hubiese celebrado este sacrificio. Debia celebrarse la comida ceñidos los lomos, puesto el calzado en los piés y un báculo en la mano, á guisa de viajeros prontos á ponerse en camino: este venia á ser como el festin de partida. Moisés invitó asimismo á todos los hebreos á que pidiesen á sus señores vestidos, vasos de oro y de plata y otros objetos preciosos, como exijiendo cada cual una contribucion de su vecino: este era el salario de los largos trabajos que los hijos de Israel habian prestado á viva fuerza, y que la iniquidad de sus tiranos habia dejado sin recompensa.

Terrible fué la noche en que se celebró este misterioso banquete. En medio del silencio y de las tinieblas, el ángel del exterminio recorrió el Egipto descargando un golpe de muerte sobre cada familia, sin perdonar sino las casas señaladas con la sangre preservadora. Desde el hijo de Faraon, colocado en las gradas del trono, hasta el hijo de la esclava que gemia en su prision, todos los primogénitos perecieron á la vez. El pais entero se conmovió profundamente y exhaló un gemido inmenso de dolor. “Idos, dejad á mi pueblo,” exclamó el monarca despavorido. Y los egipcios clamaron con él: “Que partan, ó si no, moriremos todos.....” Los preparativos estaban ya hechos: los hebreos se pusieron en camino con las armas en la mano, llevando sobre sus hombros vestidos y víveres, conduciendo nume-

rosos rebaños y rieos bagajes. Esta multitud se componia de seiscientos mil hombres, sin contar con las mujeres, los niños y los indígenas que les siguieron, y fueron despues incorporados á la nacion. Tan grandioso acontecimiento no podia escapar á la historia: hállase, aunque alterado, en los viejos relatos de autores profanos, y está largamente descrito en los libros sagrados del pueblo judío, que recuerda anualmente su imperecedera memoria, por medio de una fiesta instituida treinta y tres siglos hace.

Habíase fijado á Ramases, en la Region de Gessen, sobre el brazo oriental del Nilo, por punto de reunion general. De allí debia partir la expedicion en los primeros dias de primavera. Caminaba en muy buen órden, dividida por tribus y por familias: llevaba consigo los huesos del gran patriarca José, el cual al morir habia pedido que no dejasen sus cenizas en tierra extraña, sino que fuesen trasladadas á la tierra que estaba prometida á su descendencia.

Moisés no se dirigió á la tierra de Canaan por el istmo de Suez, que era el camino mas corto, por temor de no verse colocado entre dos enemigos formidables, los Filisteos y el Egipto. De otra parte, era tal vez necesario borrar y destruir en el pueblo hebreo la memoria y el gusto de los objetos depravados, en medio de los cuales habia vivido: disciplinarle y formarle un espíritu nuevo, léjos de todo comercio con los Estados ya constituidos, á fin de no hacerle tomar sosegado asiento en su futura patria hasta el momento en que su fuerza de accion y de resistencia quedase completamente organizada, ó que se hallaria él mismo constituido y robusto por las formas políticas que debian proteger su religion y su nacionalidad. Por esto aquel ejército, en vez de avanzar en la direccion del Oriente y del Norte, descendió hácia el Sud, acampando primero en Socoth, despues en Etham, y acercándose al Mar Rojo. Una especie de densa nube en forma de columna guiaba á los viajeros durante el dia y tornaba luminosa durante la noche. Sus movimientos eran la señal de parti-

da y marcaban el término del viaje, pues con ella paraban. Siguiendo estas indicaciones Moisés volvió por medio de una marcha circular por el lado de sus perseguidores, como si no hubiese querido dejar el Egipto, y se internó entre la orilla occidental del Mar Rojo y una cadena de montañas que se extendian paralelamente. Esta ruta estaba en oposicion con toda apariencia de hábil direccion; pero Moisés no hacia mas que obedecer al invisible caudillo que desde lo alto de los cielos dirijia la fortuna de Israel. Habia sonado á sus oidos este oráculo: "Faraon va á decir de los hijos de Israel: estrechados están del terreno, y como aprisionados en el Desierto. Y endurecido de corazon, los perseguirá: yo seré glorificado en él y en todo su ejército, y conocerán los egipcios que yo soy el Señor." En efecto, el monarca y sus consejeros vueltos en sí de la primera sorpresa, dijeron: "¿Qué hemos hecho, dejando partir á Israel esclavo nuestro?" Faraon reunió, pues, á toda prisa su ejército, sus carros de guerra y sus mas hábiles gefes, y se puso en marcha rápidamente, siguiendo las trazas de los fugitivos, alcanzándolos cerca de la orilla del mar, y en verdad, á causa de la posicion que habian tomado pudo creer que les quitaba toda retirada, y los tenia como cogidos con su mano.

Cuando descubrieron los hebreos la caballería, los carros y todo el ejército de Faraon, quedaron aterrados, pues tenian mas costumbre de obedecer como esclavos que de defenderse como soldados. Su misma pusilanimidad les hizo ingratos, pues dirijieron insensatas reconvenciones á su generoso libertador: "¿Acaso no habia sepulcros en Egipto? ¿Preciso era conducirnos aquí para morir? ¿Qué os propusíteis en sacarnos de allí? ¿No os deciamos entónces por ventura: dejadnos servir á nuestros amos? ¿No valia mas vivir esclavos suyos, que perder en el Desierto?" Moisés les contestó con calma, asegurándoles una pronta y brillante victoria.

En efecto, despues de un íntimo coloquio con Jehová, al movimiento de la nube que se colocó entre los dos campa-

mentos, Moisés extendió sus manos sobre las ondas. Abriéronse al instante, y replegándose por sus dos lados á la vez, abrieron á los piés de los hebreos una nueva senda. Un viento abrazador y violento secó y endureció el fondo de abismo inesperado, en el cual se precipitaron hombres, mujeres y niños, y se verificó el paso durante toda aquella noche. Al despuntar el dia, los egipcios, viendo que se les escapaba el enemigo, lanzáronse furiosos sobre sus huellas, y tomaron el mismo camino. Mas muy pronto cundió el desórden por todas sus filas, y se levantó un grito de espanto. Desde la orilla oriental del golfo, en donde su pueblo se hallaba ya en completa seguridad, Moisés levantó por segunda vez la mano sobre las aguas, y aquellas líquidas y enormes montañas, que detenidas por una fuerza invencible, habian visto pasar á los hebreos sin devorarlos, desplomáronse por sí mismas para tomar su nivel. Atacados de improviso, fuera de sí de terror, perdidos en una confusion inexplicable, los egipcios perecieron miserablemente, y sus cadáveres fueron arrojados sobre las orillas del mar, como ruinas que Dios habia hecho para castigar el orgullo de un despotismo brutal, y vengar las lágrimas de los oprimidos.

Este singular é interesante pasaje del libro del Exodo merece ser rápidamente presentado con las galas de la poesía; y para ello nos ofrece bella oportunidad el fragmento de una magnífica composicion poética, que bajo el título de DIOS, se publicó años pasados en uno de los números de la *Revista de Madrid*.

I.

Siguiendo la nube tristísima, oscura
Do marcha entre sombras envuelto Jehová,
Sus pasos el pueblo de Dios apresura;
Su planta al cansancio cediendo va yá.
Los rayos primeros del alba naciente
A Ethám, entre arena, le vieron dejar;

El rayo postrero del sol de Occidente
Lo mira en Magdalo, y al frente del mar.

II.

Terrible cual banda de hambrientos milanos
Se mira á lo léjos la egipcia legion;
Y el pueblo murmura..... cruzadas las manos,
La frente en el polvo, sin fé el corazon.
Moisés lo escuchaba, callado, afligido,
Buscando consuelos á tanto dolor;
Va á hablar..... mas ¡silencio! que lenta en su oido
La voz tremebunda sonó del Señor.

III.

Escucha extasiado..... Sus ojos, su frente
Brillaron de nuevo con rayos de fé;
Y en tanto la noche con paso inclemente
Tendiendo sus sombras pacífica fué.
Moisés la partida con voz poderosa
Ordena á su pueblo, cansado, mas fiel,
Y en medio el Desierto, su marcha penosa
Prosiguen los hijos del Dios de Israel.

IV.

Espíritu puro del coro divino,
Cual rayo olvidado del fúlgido sol,
Un ángel del cielo mostraba el camino,
Tiñendo las sombras del blanco arrebol.
La turba israelita callada marchaba:
Lanzando á lo léjos terrible esplendor,
Flamígera, ardiente la marcha cerraba
La inmensa columna do habita el Señor.

V.

¡Y marcha! El Mar Rojo sus olas extiende,
Que mujen cual lava de ardiente volcan;
La vara sagrada la atmósfera hiende,
Y dócil acude soberbio huracan.
Luchando terrible con aguas de fuego,
Las lanza en montañas su furia á la par,
Y siguen las tribus, y bajan..... y luego
Recorren las sendas del cóncavo mar.

VI.

Cubriendo los flancos, formado en dos muros
El piélago inmenso tranquilo se vé;
Del alta ribera los lindes oscuros
Ya tocan las tribus con rápido pié.
La egipcia falange se acerca..... el rey mismo
Corriendo la senda que hollaba Israel,
Vacila aterrado..... mas sigue: el abismo
Retiembla á los pasos del régio corcel.

VII.

En pos los bridones tascando su freno,
Los carros pesados, los ídolos van;
El rayo en las alas descende del trueno;
La mar es ya un negro terrible volcan.
Inundan las sendas las olas que caen,
Cual montes al soplo de ardiente huracan;
Horribles gemidos los ecos me traen;
Corceles y carros y gefes, ¿dó están?

Dó están, ¡cielos! mi vista no advierte
Sino luto en la tierra y horror;
Solo truenos y rayos de muerte
Junto al trono de luz del Señor.

Los libertados ya de sus cadenas se pusieron en marcha, pero la soledad extendía delante de ellos sus espacios, y lo que mas les atormentaba era la sed. Por fin, al tercer dia llegaron á un lugar que tomó el nombre de *Mara*, es decir, amargura, porque solo encontraron allí una mala agua. Sin embargo, Moisés la convirtió en dulce y agradable, arrojando en ella un madero que le fué indicado por el Señor. En Elim, algo mas léjos, acamparon al rededor de doce cristalinos manantiales, que brotaban á la sombra regalada de sesenta palmeras. Y no dejando nunca la costa del mar, llegaron al desierto de Sin. Faltaban los víveres á los viajeros, pero les fué dado por el cielo un nuevo alimento: tal era el maná, que era blanco, del tamaño de la simiente del cilantro, y su sabor como torta de flor de harina amasada con miel. Caía de noche, y cubria la tierra como una capa de nieve. Debía recojerse temprano y todas las mañanas, pues se derretía al sol y se alteraba pasado un dia, á excepcion de la víspera del sábado, en el cual estaba ordenado recojer una doble racion que se conservaba incorruptible hasta la tarde del dia siguiente. Alimento lleno de dulzura y de misterio, símbolo expresivo de este otro pan venido de los cielos para reanimar las fuerzas y la esperanza en las almas fatigadas de este viaje, que se llama la vida, y sostener la naturaleza humana en esta marcha militante hácia la tierra prometida de la eternidad.

Tomaron el camino de Sinai, es decir, que se hundieron mas y mas en las vastas soledades de la Arabia, desviándose del camino que conduce de Ramasés al país de Canaan; pero fuerza era seguir la columna que regulaba todos los movimientos del ejército. En Rafidim, no léjos de Horeb, se hizo sentir la falta de agua. Moisés, agobiado de increpaciones y hasta de amenazas, invocó á

Dios, su único y poderoso recurso, é hirió con la varilla que en la mano llevaba un peñasco árido, de donde chorreó un manantial abundante. Muéstrase aún en el día, á los que visitan aquellas regiones, la piedra que se entreabrió dócilmente á las órdenes de Moisés para apagar la sed de todo un pueblo.

Este flujo de hombres, que inundaban el Desierto, no dejaba de ser para las tribus vecinas un motivo de inquietud, las cuales temian verles fijar su domicilio muy cerca de ellas, ó tal vez en su propio suelo. Una considerable partida de amalecitas hostilizaban á los hebreos, los que sufrieron crudos y repetidos ataques. Dióse una séria batalla cerca de Rafidim, encargándose el mando del ejército á Josué, jóven y valiente caudillo, que debia suceder á Moisés y que reportó una victoria por largo tiempo disputada; y si bien la intrepidez de Josué hizo prodigios, el buen éxito se debió á las súplicas de Moisés, que durante la lucha tenia las manos sin cesar levantadas hácia el cielo. Pues aunque sea evidente para toda alma recta la intervencion de Dios en las cosas humanas, con todo, jamás tan vivamente resplandece como en los percances de la guerra, en donde la victoria mas de una vez ha resistido al génio, y hecho traicion á la fuerza y al número de los batallones. Así Dios se ha dado á sí mismo el nombre de Dios de los ejércitos, y todos los pueblos en alguna manera le han saludado con este título de gloria, colgando en las bóvedas de los templos los estandartes conquistados, y explicando las vicisitudes de su fortuna militar, por lo que llaman el azar de los combates.

Jethró, el suegro de Moisés, habia sabido desde su morada de Madian la marcha victoriosa de los hebreos. Queriendo visitar á su yerno, se puso en camino, siguiéndolo Séfora y sus dos hijos. Llegado cerca de Horeb, envió á decir al libertador: «Jethró, tu pariente viene á visitarte, con tu mujer y tus hijos.» Moisés fué á recibirlos: inclinóse profundamente delante del sacerdote Madianita, y abrazándose con efusion, se manifestaron tiernamente mútuos deseos de prosperidad. Cuando Jethró supo el pormenor de los prodigios que habian acompañado la liberacion de los hebreos,

quedó trasportado de admiracion, y ofreció un sacrificio al Eterno en accion de gracias, reuniéndose toda la familia en un religioso festin. Por los consejos de su suegro, Moisés se desprendió de algunas de las laboriosas funciones que ejercia; nombrando jueces para conocer de las diferencias y administrar justicia, reservándose únicamente la direccion general de los negocios. Tranquilo ya en adelante acerca de la suerte de los hebreos, ocupóse en constituirlos en cuerpo de nacion, y en crear asimismo, en la parte que á su inspeccion le habia dejado la Providencia, una obra, que ninguna revolucion ha podido hasta ahora aniquilar.

Tres meses habian trascurrido desde la salida de Egipto, y un dia de marcha llevó á los viajeros á los valles que se extienden al pié del Sinaí. Establecióse entre Dios y Moisés un íntimo comercio. El Señor se dignaba hablarle boca á boca, como un amigo habla á otro amigo. Llegado era el momento de reanimar la llama casi extinta de la revelacion primitiva, de alentar y restablecer la conciencia humana desconcertada y perdida en la noche de la idolatría, y de consolidar firmemente en medio de los siglos el punto de apoyo sobre el cual debia levantarse mas tarde el edificio inmortal que tiene por nombre la Iglesia.

Despues de haber reunido á los ancianos, les comunicó Moisés el plan divino, y despues dijo á los hebreos de parte de Jehová: «Ya sabeis lo que he obrado en el Egipto, de qué manera os he traído, cual águila sobre mis alas, y os he tomado por mi cuenta. Ahora bien, si escucháreis mi voz y observáreis mi pacto de alianza, seréis para mí entre todos los pueblos la porcion escogida, ya que mia es toda la tierra. Y seréis vosotros para mí un reino sacerdotal, una nacion santa.» Y todo Israel consintió en lo que se le proponia. Verificáronse entónces los preparativos del contrato solemne que iba á intervenir entre Dios y la criatura. Moisés trasmitió al pueblo la orden de purificarse y de estar aparejado para el tercer dia. Al pié de la montaña se marcaron los límites que debian guardar el terror y el respeto, y se reservaba la muerte al que los hubiera traspasado.

Por la mañana del tercer día el sordo estallido del trueno retumbó sobre Sinaí, el cual quedó envuelto en una densísima nube: los rayos rasgaban aquellas tinieblas palpables, y un sonido atronador, como de una bocina, se mezclaba con los bramidos del trueno. El pueblo, aterrado, salió de su campamento. Toda la montaña humeaba como una inmensa hoguera, cual si el Eterno hubiese descendido en un trono de fuego. Y en medio de este formidable concierto, entre aquellas cumbres que retemblaban oprimidas por la majestad de Jehová, cuya faz ardiente fulguraba rayos de gloria, dejóse oír una voz que proclamaba el poder y la voluntad de Dios, los deberes de los hombres y sus derechos recíprocos; en una palabra, las leyes protectoras del orden y de la civilización.

“Yo, Jehová, soy tu Dios, que te ha sacado de la tierra de Egipto, de la casa de la esclavitud. No tendrás otros dioses delante de mí. No labrarás para tí imájen alguna, ni simulacro de lo que hay en el cielo, ni sobre la tierra, ni en las aguas de bajo la tierra, para encorvarte delante de él y adorarlo. Yo soy el Señor, Dios tuyo, el fuerte, el celoso, que castigo la maldad, y uso de misericordia con los que me aman, hasta largas generaciones..... No tomarás en vano el nombre de Jehová, tu Dios..... Acuérdate de santificar el día del descanso..... Honra á tus padres, á fin de que vivas largo tiempo sobre la tierra..... No matarás..... No cometerás adulterio..... No hurtarás..... No levantarás falso testimonio..... No codiciarás la casa de tu prójimo, ni desearás su mujer, ni esclavo, ni esclava, ni buey, ni asno, ni cosa alguna de las que le pertenecen.” Tal es el Decálogo.

A vista de tan imponente escena, al estruendo de los turbados elementos, el pueblo permanecía apartado del Sinaí, en un estremecimiento mezclado de respeto y de terror. «Háblanos tú, decía á su jefe, y te escucharemos; pero que no nos hable el Eterno, pues tememos morir.” Moisés, despues de haber calmado el sobresalto del pueblo, acercóse á la montaña, penetró en la terrible

oscuridad que cubria su cumbre, en donde estaba Dios. Ordenes mas precisas, reglamentos mas extensos le fueron comunicados para fundar la constitucion política de los hebreos, y ponerla en armonía con los principios de libertad, igualdad y fraternidad, en la medida con que estos principios, que bien entendidos, son los elementos de toda buena institucion humana, podian entónces admitir aplicacion. Todos los israelitas debian ser libres, pues el mismo Dios los habia emancipado, rompiendo las cadenas que habia remachado en sus brazos el cruel Egipto; y de otra parte estaban todos igualmente protegidos por la ley en su actividad personal, en su reposo y en su propiedad. Ninguna distincion arbitraria, ningun odioso privilegio debia poner una parte de la nacion bajo el duro mando ó menosprecio de la otra; y todo conducia á establecer la igualdad natural que, sin perjuicio del orden gerárquico, indispensable en toda sociedad bien constituida, debe reinar en un pueblo mas ó ménos directamente gobernado por la voluntad soberana de Dios. La pena del talion debia amenazar anticipadamente todas las injusticias, á fin de garantir eficazmente todos los derechos; pero el gran precepto de la fraternidad no era desconocido, á lo ménos fuera de la guerra, que era siempre cruel, y con respecto á los ciudadanos y á los extranjeros que pusieran su planta pacífica sobre el suelo de aquella nacion.

“Cuando llegue el año sétimo, dejarás holgar la tierra para que tengan qué comer los pobres de tu pueblo, y lo que sobrare, sirva de pasto á las bestias del campo: lo mismo harás con tu viña y tu olivar..... No molestarás al extranjero, pues ya sabes sus angustias, tú que fuiste esclavo en Egipto..... No harás daño á la viuda y al huérfano..... Si prestares dinero al necesitado, que mora contigo, no le has de apremiar como un exactor, ni oprimir con usura. Y si recibiereis de tu prójimo un vestido en prenda, se lo devolverás ántes de ponerse el sol; puesto que no tiene otro con qué cubrirse ni abrigarse, ni con qué dormir..... No hablarás mal de los jueces, ni maldecirás al príncipe de los pueblos..... No serás perezoso en pagar tus diezmos y tus primi-

cias..... No guardarás hasta el día de mañana el salario del jornalero..... No hablarás mal del sordo, ni harás tropezar al ciego..... No obrarás la iniquidad, ni juzgarás injustamente, ni por piedad para con el pobre, ni por consideracion para con el rico..... No serás calumniador, ni maldiciente..... No seas vengativo ni conserves el recuerdo de las injurias..... Levántate de respeto ante las canas, y honra al viejo..... No fuerzas la justicia, huye de la mentira.....” Moisés trasmitió todas estas palabras al pueblo, el cual respondió á una voz: «Cumplirémos lo que dice el Señor.»

Pero volviendo á subir Moisés en seguida sobre la montaña, en donde pasó cuarenta dias, el pueblo, siempre lijero y voluble, se cansó de aguardar, y se quejó en términos, que denotaban lo que el sagrado historiador llama una dura cerviz y un corazon grosero. «Levántate, dijo la turba á Aaron, haznos dioses que vayan delante de nosotros, pues no sabemos lo que se ha hecho de Moisés, el hombre que nos sacó de Egipto.” Aaron se creyó casi compelido por tan vivas instancias, y temió no obedecer. «Quitad, dijo, los anillos de oro que llevan en sus orejas vuestras mujeres, vuestros hijos y vuestras hijas, y traédmelos.” Y de ellos se formó un ídolo sobre el molde del buey Apis, adorado de los Egipcios. El becerro de oro fué calocado en un altar: inmolaronse víctimas en honor suyo, y las danzas y festines terminaron la sacrílega ceremonia. Entretanto bajaba del Siná Moisés, llevando dos tablas de piedra, en las que estaba grabado el Decálogo. Al acercarse al campo, percibió el tumulto y los clamores, vió el ídolo y las danzas del pueblo. En su indignacion hizo pedazos las tablas de la ley, redujo á polvo el vano simulacro del dios que Israel se habia forjado, y exclamó: «¡Quién está por el Señor! ¡quién se junta á mí!” Al momento se vió rodeado por los hijos de Leví, hombres de su tribu, los cuales, espada en mano, castigaron de muerte á muchos millares de sus hermanos. En aquellos tiempos de costumbres nuevas, y entre aquellos pueblos rudos é incultos todavía, el derecho tenia necesidad de llamar en su socorro á la

fuerza, para desplegar enérgicamente toda su actividad y aparato, á fin de intimidar á la injusticia, poco sensible á la santidad del deber y á la autoridad moral de la ley. Menester eran largos siglos, una religion que inspirase toda mansedumbre, muchos sufrimientos y esfuerzos, para desplegar en las masas habitudes intelectuales y sentimientos superiores, que diesen por resultado el descrédito de la fuerza brutal, y el respeto y la conciencia de la vida humana. Esto es lo que explica el carácter violento de las sociedades paganas, los duros trabajos del Evangelio en su infancia, las guerras religiosas de la edad media, la severidad de las medidas que se desplegaron hasta en apoyo del cristianismo, y esta tolerancia sistemática que distingue en general las sociedades modernas, y que á pesar de ser producida en gran parte por un espíritu de tibieza y de indiferencia, cubrirá sin duda á los ojos de la posteridad una parte de las faltas y de las desgracias de nuestra época.

Además, prescindiendo aún de las observaciones indicadas y que nacen de la enorme diferencia de épocas y de circunstancias, fuerza es convenir que en aquella ejecucion terrible no hubo ni injusticia ni crueldad. Dios por su ley habia prohibido la idolatría bajo pena de muerte: los insraelitas se habian sometido á ella, y Dios podia hacer que pereciesen todos los culpables. Con todo, el castigo no cayó sino sobre unos tres mil apóstatas, segun afirman los mas graves expositores, los mas pertinaces en rebeldía, que ébrios en su disolucion y desenfreno, perpetuaban, aun despues de haber vuelto Moisés, el escándalo en el campamento. Arrojóse sobre ellos un numeroso cuerpo de levitas armados, mientras que lo restante del pueblo, reconociendo su falta, volvió á entrar en la senda del deber. El escarmiento, pues, se limitó á un reducido número con respecto á mas de un millon de culpables que quedaron perdonados. Por este golpe de rigor y de autoridad, Moisés restableció el orden y la religion en su campo, y una multitud indócil se mantuvo sometida á su gefe y adherida á su culto.